

## SÍ A LA CONSTITUCIÓN EUROPEA

Darío Valcárcel

**Europa es diversa, tiene distintos modos de vida, distintas lenguas, pero a la vez una base común: Roma, Grecia, el cristianismo, el renacimiento... La Unión Europea debe mantenerse unida y construirse con sus cabezas pensando en el largo plazo.**

Si los referendos y consultas parlamentarias para aprobar la Constitución europea resultan favorables, el proyecto de una verdadera comunidad habrá dado otro paso, decisivo en esta ocasión. Si por el contrario la Constitución se estanca, la idea de la integración europea se debilitará progresivamente, con riesgo de desaparecer. Una derrota a la altura de 2005 o 2006 causaría enormes destrozos. Francia convocará su referéndum para mediados de 2005; Reino Unido para comienzos de 2006.

Europa es fuerte y frágil: debe mantenerse unida aunque persistan las divisiones en su seno; debe construirse por encima de los pequeños intereses, con el pensamiento puesto en el largo plazo. En no pocos líderes hoy domina la estrechez de miras, el corto plazo. Al menos transitoriamente, esos líderes cuentan en Europa: toman una parte de las grandes decisiones. Si los votantes entienden lo que está en juego, si comprenden el peligro que entrañaría un rechazo de la Constitución, significaría que el votante recupera la mayoría de edad, lo cual provocaría respuestas europeas más integradoras por parte de los dirigentes políticos.

Europa ha conseguido avanzar en medio de crecientes dificultades, interiores y exteriores. Hoy se han robustecido gracias a la moneda, el mercado interior, la política comercial, la unión aduanera, la política de competencia, los presupuestos agrícolas, energéticos, medioambientales... Hay sobre todos ellos, un Derecho común, que constituye hoy el apoyo más firme del proyecto europeo. Ahora la idea de Europa da un gran paso al dotar a la Unión Europea de personalidad jurídica. No desarrollaremos aquí este punto, un avance de primera magnitud.

Pero Europa no seguirá su avance si no se dan en el inmediato futuro dos condiciones, ambas en el orden de las ideas más que en el de las políticas concretas: primero, la puesta en marcha de un núcleo militar integrador, capaz de desarrollarse. Segundo, una nueva relación con Estados Unidos, más allá del actual presidente, un episodio pasajero en una relación de 100 años.

### **La Europa de la defensa**

La última manifestación de la Europa militar es la creación en noviembre de 2004, de 13 grupos de combate como primera fuerza de intervención rápida: avance modesto pero tangible. Europa se ha hecho con avances de esta clase, más que con discursos y declaraciones de intención. Creemos que el futuro ministro de Asuntos Exteriores (el español Javier Solana) constituirá una pieza esencial para el desarrollo de la Europa de la defensa. La defensa europea no es un sueño sino un objetivo alcanzable a medio plazo -diez, veinte años- necesaria en sí misma, además de necesaria para la relación transatlántica. La Europa militar es ineluctable: su reverso es la destrucción de Europa.

Salvo Reino Unido y Francia (dos Estados con fuerza nuclear) los miembros de la Unión Europea no se han caracterizado en los últimos 50 años por su vocación militar. No la tienen Alemania, ni España, ni Italia (aunque la última sea la más militar de los tres). Sí lo son, aunque modestamente, Suecia y Noruega (aunque ésta no pertenezca a la Unión Europea). Tampoco son pueblos de gran vocación militar los ocho países incorporados de la Europa central y báltica. Los polacos, por su dimensión y pasado, están más próximos a Francia y Reino Unido que a la neutralidad irlandesa. Éstas son algunas cuestiones previas que no conviene olvidar.

La relación con EE UU necesita partir de las estructuras actuales (sobre todo la OTAN) aunque ha de evolucionar deprisa. La Europa más empedregada, más rutinaria, está hoy tranquila, defendida por Estados Unidos. Pero la mayor parte quizá de los europeos apuesta por otra Europa, que pacte con Estados Unidos, no de igual a igual -no interesan las utopías- sino como un ente autónomo en Derecho, o para decirlo como el general De Gaulle, como un territorio

descolonizado (después de descolonizar a nuestras colonias, se preguntaba el general, ¿por qué no descolonizarnos nosotros mismos de Estados Unidos?).

Europa tiene medios suficientes: el gasto militar hoy alcanza casi los 200.000 millones de dólares anuales. Hay que llegar a un nuevo acuerdo basado en la voluntad de las instituciones de la Unión Europea y en la de los gobiernos de los Estados: un acuerdo capaz de dar vida a la vieja carcasa que es hoy la relación euroamericana. Un distinto entendimiento basado en una Europa respetada y en una América hoy hegemónica.

Estados Unidos es todo salvo una gran potencia homogénea, sin tendencias, sin divisiones, con conciencias y aspiraciones coincidentes en el mismo orden de valores. Este es un cuadro ilusorio, un escenario ajeno a la realidad. Pensamos que el mejor modo de asegurar la multilateralidad es practicarla. La manera más segura de pactar una nueva relación con Estados Unidos es coger nosotros, los europeos, el toro por los cuernos y avanzar en la última fase de la construcción del continente. Hay que hacerlo con paciencia y sentido práctico, trabajando diariamente, como se ha hecho en Europa desde Jean Monnet hasta el día de hoy.

La realidad europea debe juzgarse por sus hechos, por los grandes procesos que sea capaz de lanzar, no por los discursos. No nos ocupemos obsesivamente de Estados Unidos: ocupémonos de Europa, como asunto central. Poco es lo que podemos influir en Estados Unidos.

### **Destino inevitable**

Europa tardará en fraguar. Quizá no llegue a tener una forma supranacional suficientemente clara. Quizá no llegue a alcanzar un entramado institucional suficientemente sólido. Quizá no llegue a tener una sola voz. Esta es una versión pesimista, aunque no imposible. Es también el deseo de los enemigos de Europa, exteriores e interiores.

Pero es igualmente cierto que la idea de Europa ha vivido y se ha fortalecido merced a los esfuerzos de europeos y no europeos. No sólo Monnet, Robert Schuman o Konrad Adenauer, también John F. Kennedy, Robert Kennan o

Stanley Hoffmann, americanos de apellidos europeos. Unos y otros han creído en el destino inevitable de Europa: sin unir sus esfuerzos, Francia, Alemania o Reino Unido no existirán en un mundo global. Tampoco Italia, España, Holanda, Suecia... También esta idea de necesidad, de inevitabilidad, impulsa a Europa.

Por un lado, la unión se impone. Por otro, los Estados tratan de mantener su soberanía, real o formal, mientras la ceden, hoy en lo jurídico, monetario o agrícola. Quizá mañana en lo político y militar. Explicado como si fuera una historia para niños, este es el fondo del problema.

La historia depende, en proporción no pequeña, de los hombres de gobierno. Muchos de ellos esconden un componente de oportunismo. Por cada hombre de Estado hay decenas de hombres de gobierno, que tratan de avanzar como pueden, en medio de la confusión reinante. Creemos que Helmut Schmidt o Helmut Kohl, Valéry Giscard d'Estaing, Edward Heath, Rud Lubbers o Carlo Azeglio Ciampi han sido hombres de Estado. Por no recordar al portugués Francisco Sa Carneiro. Pero volvamos al centro de la cuestión. Los hombres de gobierno (y algunos de Estado) aportan hoy la decisión y la sustancia. Pero el peso verdadero lo aportan los pueblos, es decir el entramado de instituciones públicas y privadas, la red de grandes y pequeñas empresas, la fuerza de millones de gentes dedicadas al comercio, el mundo asociativo, las organizaciones no gubernamentales, las universidades, los centros de investigación, los medios impresos o electrónicos de comunicación... Estos elementos integran la sociedad moderna.

Europa ha optado por aventuras difíciles. Desde 1945, antes de nacer, se impuso entre sus objetivos reparar hasta donde fuera posible los asesinatos masivos, las monstruosas injusticias de los años 1930-40. De una parte ese sentimiento, de otra, su modelo de desarrollo le llevó a un fuerte sistema de protección social. También a un sistema de defensa (fallido en 1953, de nuevo intentado medio siglo después). También a un esquema de investigación y tecnología que ha obsesionado a Europa a lo largo de todo el último milenio.

## **Un modelo propio**

Estados Unidos dedica hoy un 11 por cien del total del PIB a su Seguridad Social mientras que el promedio de la Unión Europea es más del doble, el 26 por cien del PIB. Entre los países industrializados, Estados Unidos ocupa el puesto 24 cuando se mide la distancia entre los más ricos y los más pobres (sobre 26, delante sólo de México y Rusia). Jeremy Rifkin escribía en un artículo reciente (Le Monde, 20 noviembre 2004): "El americano medio se ha dado cuenta de que por muy independientes que sean, no pueden avanzar solos en un mundo en que una epidemia, un virus informático, un atentado terrorista, un escándalo bursátil o el calentamiento del planeta convierte a cada cual en potencialmente vulnerable, dependiente de los demás". También esta idea de interdependencia - 6.000 millones de hombres navegando a bordo de la nave espacial Tierra, para decirlo con la imagen de Edgar Morin- forma parte del origen de la Unión Europea. Su producción total es hoy ligeramente superior a la de Estados Unidos. Pero la unidad de Estados Unidos es firmísima mientras que la de los europeos se hace poco a poco.

La Unión Europea, entendida como es, una única entidad comercial, es hoy el primer exportador del mundo. Su fuerza se deja sentir progresivamente en la OMC. El euro se refuerza mientras crea dificultades -y también oportunidades- a la Unión. Los índices de delincuencia y pobreza son más bajos en la Unión que en Estados Unidos. También es más alto el índice de lectura de libros y periódicos aunque las cifras del desarrollo científico y tecnológico de Estados Unidos resulten hoy difíciles de alcanzar por los europeos. El desarrollo cultural es más extenso e intenso en Europa que en Estados Unidos: digamos que hay en Europa más de 100 ciudades que actúan como polos de atracción para dar vida al teatro, los conciertos, el cine, el debate, y a los libros y revistas, mientras que en Estados Unidos, calcado del mapa político electoral, ese mundo, culturalmente rico, se concentra en las tres costas, Atlántico, Pacífico y Grandes Lagos, mientras que hay enormes regiones de casi total vacío cultural. Europa es más pequeña, pero más intercomunicada. Estados Unidos es grande, pero existen decenas de Estados ajenos a lo que ocurre en el mundo.

Todo texto constitucional establece las normas por las que ha de regirse una colectividad. Una Constitución establece a quiénes corresponde ejercer el poder; cómo se elige a sus titulares; por cuánto tiempo; qué medios tendrán para ejecutar sus políticas; en defensa de qué valores; en virtud de los cuales se reconocen los derechos de cada ciudadano.

Europa defiende la dignidad de la persona, el Estado de Derecho, la libertad, la democracia, la igualdad, los derechos humanos. Derivadas de esas bases, Europa defiende la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer; la libertad de pensamiento, expresión e información; la prohibición de la tortura y otros tratos vejatorios para el ser humano. La Constitución europea se compromete además a defender el respeto de la diversidad cultural y religiosa; la libertad de empresa; el derecho a la propiedad; el derecho a la tutela judicial y a un juez imparcial; el respeto a la vida privada. Además de las cuatro libertades prácticas: libertad de circulación de personas, bienes, capitales y servicios. Todo esto es sabido.

Monnet lo repitió en su discurso fundacional de 30 de abril de 1952: no coaligamos Estados, unimos hombres. Los nuevos espacios de libertad, seguridad y justicia; las políticas comerciales, monetarias o de competencia; la protección del medio ambiente; la búsqueda de una mayor eficiencia y disponibilidad de la energía; las redes continentales de transporte; la investigación del espacio... Todo ello se hace para unir las voluntades de los europeos.

Tres problemas significativos que ordena la nueva Constitución: (1) El orden de las migraciones, mientras la Unión Europea adopta una política de visados, controles y gestión de fronteras exteriores, con un estatuto común de asilo. (2) Una propuesta de lucha contra el terrorismo mediante la cooperación creciente entre los servicios de inteligencia de los Estados. (3) Introduce una Fiscalía Europea y articula un proyecto contra la delincuencia organizada: tráfico de drogas y armas, blanqueo de dinero, explotación sexual, otras formas de delincuencia transnacional...

La Europa que se construye acelerará y consolidará lo realizado desde 1950 con la nueva Constitución. Se ha escrito que el nuevo texto constitucional aportará más democracia, más eficacia, más solidaridad. Por lo pronto hay unos instrumentos y procedimientos que permitirán actuar: el voto mayoritario, extendido como método de toma de decisiones; la nueva dinámica que impulsará desde 2014 una Comisión reducida; sobre todo dos responsables que tomarán decisiones: un presidente permanente del Consejo Europeo que podrá permanecer en el puesto durante cinco años; y un ministro de Asuntos Exteriores, figura clave, que no sólo aportará visibilidad, sino sustancia y continuidad a la acción europea.

Sabemos lo que representa la Unión y su proyecto constitucional. A nuestro juicio no se ha hecho bastante hincapié en el proyecto de una sociedad de desarrollo sostenible. La Unión quiere "responder a las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la posibilidad de que las futuras satisfagan las suyas". De esta manera Europa se compromete a mantener un crecimiento económico equilibrado, una economía social de mercado, un nivel elevado de mejora del medio ambiente. La defensa medioambiental se integra en todas las políticas europeas (eficacia energética, ahorro, desarrollo de energías renovables...

Hay, sí, problemas hoy insuperables, quizá mañana no: Europa dedica el 1,28 por cien de su PIB a desarrollar las políticas comunitarias, mientras que Estados Unidos invierte el 13 por cien de su presupuesto federal en el equilibrio de sus recursos y disponibilidades, entre sus 50 Estados. Los altos impuestos de California se utilizan en parte para equilibrar a la pobre Arkansas. Hay diferencias cuantitativas tan grandes, señalaba John Maynard Keynes, que acaban por convertirse en diferencias de grado más que de naturaleza.

Hoy el proyecto europeo está desarrollado sólo en una mitad. La mitad que en el futuro queda por hacer será más ardua: dependerá de la existencia de una verdadera opinión pública europea; de la aparición de verdaderos líderes; de la capacidad para vencer la resistencia de grandes formaciones rivales; y sobre todo, de la claridad del objetivo.

El protocolo de Kioto es un ejemplo. Europa ha empujado sin cesar esta iniciativa científica, política y diplomática desde que se firmó el 11 de diciembre de 1997 y ha conseguido que Rusia firmara en 2004 el tratado que permite lograr el quórum necesario para que su texto entre en vigor. Estados Unidos acabará quizá por aceptarlo, pero pasarán años -por lo pronto los cuatro de Bush- y habrá probablemente una negociación dura. Pero algo es evidente en este punto: Europa ha puesto en marcha un proyecto de supervivencia de la especie. Son problemas remotamente relacionados: la América de George W. Bush parece empeñada en proporcionar a sus ciudadanos más ventajas económicas, mejores fórmulas a corto plazo para ganar dinero. La Europa de la Constitución parece dirigida a ciudadanos centrados en la búsqueda, en el saber. En todo caso, la sociedad norteamericana aparece hoy basada en el individuo (retribución de cada ciudadano de mérito). La europea, quizá menos optimista, más realista, aspira a ser una colectividad solidaria, comprometida con la prestación de auxilios a sus ciudadanos: sobre todo a los más desamparados, viejos, enfermos, discapacitados...

No sólo de esa diferencia, pero también dependiente de ella, surge la distancia del 11 por cien del PIB frente al 26 por cien dedicado a protección social. Esa idea de solidaridad, extendida hoy a 450 millones de europeos, es una aspiración universal. Mientras que el sueño americano no se relaciona con la democracia política -que los americanos tratan de exportar a Irak y a Oriente Próximo- sino con la libertad individual y la posibilidad de realización del individuo. Son dos proyectos, americano y europeo, ambiciosos y difíciles de llevar a la práctica. Pero son los únicos conocidos hoy, los dos capaces de movilizar a cientos de millones de hombres y mujeres.

### **Una conclusión provisional**

Digámoslo para concluir: todo lo europeo, como todo lo humano, es provisional. Pero hay en una parcela del hombre un pequeño apartado -las ideas- que tienen a veces pretensiones de permanencia. Este invento no poco original, Europa, trata de avanzar sobre cuatro órdenes de ideas:

Europa, que es por esencia diversa, en su cultura, sus lenguas, tiene un ser perceptible. La historia común, Grecia, Roma, cristianismo, renacimiento, siglos XVII y XVIII, revolución industrial... todo esto ha formado un molde duro, de perfiles inequívocos. En una plaza de Riga, lo repetimos, hay algo en común con una plaza de Cádiz. Una calle de Dublín puede prolongarse en una calle de Salónica.

El espíritu prometeico es la otra gran nota definitoria de Europa: buscar, descubrir, encontrar, nunca suficientemente, siempre a la caza de nuevos hallazgos. El polaco Bronislaw Gevemeck cree que sin ese impulso investigador no se entienden los últimos 1.000 años de historia europea. La investigación científica y la transmisión del saber es la otra base del ser de Europa.

Sin el fundamento del Derecho no se entiende lo que los europeos han intentado hacer en estos últimos 25 siglos. La base del Derecho fija las normas de la solidaridad, las del comercio, las de la moneda, las leyes universales de intercambio, las normas que siguen la política democrática, que es la vía exigida por los europeos, también con vocación planetaria.

El proyecto de paz, solidaridad y democracia que implican las tres propuestas anteriores no puede mantenerse sin pelear todos los días por esos mismos objetivos, paz, solidaridad, democracia. Esta afirmación, de apariencia tautológica, es sin embargo fundamental. La Unión Europea, para existir efectivamente, ha de constituir, cuanto antes, su brazo defensivo. Una fuerza militar relativamente pequeña, tecnológicamente muy avanzada e, innecesario decirlo, independiente.

Este es, a nuestro juicio, el resumen reducido al límite, al que debemos dar respuesta en el referéndum sobre la Constitución europea, el 20 de febrero de 2005. Lo demás es instrumental y secundario.

**Darío Valcárcel** es director de la revista Política Exterior.

Publicado en el nº 103 (enero-febrero 2005) de la revista **Política Exterior**.